

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIV, número 4 (2.753)

Ciudad del Vaticano

28 de enero de 2022



Agradecer
el testimonio
del pueblo
mártir

En el Ángelus el anuncio del Papa

El 26 de enero jornada de oración por la paz en Ucrania

Preocupado por las «tensiones actuales» en Ucrania que «cuestionan la seguridad en el continente europeo», el Papa Francisco anunció para el próximo miércoles, 26 de enero, «una jornada de oración por la paz» en el país. Lo dijo al finalizar el Ángelus rezado desde la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano con los fieles presentes en la plaza de San Pedro, a medio día del 23. Antes de la oración mariana, el Pontífice había comentado las lecturas del tercer domingo del Tiempo ordinario, exhortando a leer a lo largo del año «entero, un pequeño pasaje cada día», el Evangelio de Lucas.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de la Liturgia de hoy vemos a Jesús que inaugura su predicación (cfr Lc 4,14-21): es la primera predicación de Jesús. Se dirige a Nazaret, donde creció, y participa en la oración en la sinagoga. Se levanta a leer y, en el volumen del profeta Isaías, encuentra el pasaje so-

de Dios: hoy. No como una historia antigua, no: hoy. Hoy habla a tu corazón. Los paisanos de Jesús están admirados por sus palabras. Incluso si, nublados por los prejuicios, no le creen, se dan cuenta de que su enseñanza es diferente de la de otros maestros (cf. v. 22): intuyen que en Jesús hay más. ¿El qué? Está la unción del Espíritu Santo. A veces, sucede que nuestras predicaciones y nuestras enseñanzas permanecen genéricas, abstractas, no tocan el alma y la vida de la gente. ¿Y por qué? Porque les falta la fuerza de este hoy, ese que Jesús «llena de sentido» con el poder del Espíritu es el hoy. Hoy te está hablando. Sí a veces se escuchan conferencias impecables, discursos bien contruidos, pero que no mueven el corazón, y así todo queda como antes. También muchas homilias -lo digo con respeto pero con dolor- son abstractas, y en vez de despertar el

experimentar el hoy de Jesús, para así poderlo comunicar en el hoy de los otros. Y si quiere dar clases, conferencias, que lo haga, pero en otro lado, no en el momento de la homilía, donde debe dar la Palabra para que sacuda los corazones. Queridos hermanos y hermanas, en este Domingo de la Palabra de Dios quisiera dar las gracias a los predicadores y los anunciadores del Evan-

mento y leerlo con calma. Con el tiempo descubriremos que esas palabras están hechas a propósito para nosotros, para nuestra vida. Nos ayudarán a acoger cada día con una mirada mejor, más serena, porque, cuando el Evangelio entra en el hoy, lo llena de Dios. Quisiera hacer una propuesta. En los domingos de este año litúrgico es proclamado el Evangelio de Lucas, el Evangelio de

La Palabra de Dios es también el faro que guía el recorrido sinodal iniciado en toda la Iglesia. Mientras nos comprometemos a escucharnos unos a otros, con atención y discernimiento -porque no es hacer una encuesta de opiniones, no, sino discernir la Palabra, ahí-, escuchamos juntos la Palabra de Dios y el Espíritu Santo.

gelio que permanecen fieles a la Palabra que sacude el corazón, que permanecen fieles al «hoy». Recemos por ellos,

la misericordia. ¿Por qué no leerlo también personalmente, entero, un pequeño pasaje cada día? Un pequeño pasa-



bre el Mesías, que proclama un mensaje de consolación y liberación para los pobres y los oprimidos (cfr Is 61,1-2). Terminada la lectura, «todos los ojos estaban fijados en él» (v. 20). Y Jesús inicia diciendo: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (v. 21). Detengámonos en este hoy. Es la primera palabra de la predicación de Jesús contada en el Evangelio de Lucas. Pronunciada por el Señor, indica un «hoy» que atraviesa toda época y permanece siempre válido. La Palabra de Dios siempre es «hoy». Empieza un «hoy»: cuando tú lees la Palabra de Dios, en tu alma empieza un «hoy», si tú la comprendes bien. Hoy. La profecía de Isaías se remontaba a siglos antes, pero Jesús, «por la fuerza del Espíritu» (v. 14), la hace actual y, sobre todo, la lleva a cumplimiento e indica la forma de recibir la Palabra

alma la duermen. Cuando los fieles empiezan a mirar el reloj - «¿cuándo terminará esto?» - duermen el alma. La predicación corre este riesgo: sin la unción del Espíritu empobrece la Palabra de

Detengámonos en este hoy. Es la primera palabra de la predicación de Jesús contada en el Evangelio de Lucas. Pronunciada por el Señor, indica un «hoy» que atraviesa toda época y permanece siempre válido. La Palabra de Dios siempre es «hoy».

Dios, cae en el moralismo o en conceptos abstractos; presenta el Evangelio con desapego, como si estuviera fuera del tiempo, lejos de la realidad. Y este no es el camino. Pero una palabra en la que no palpita la fuerza del hoy no es digna de Jesús y no ayuda a la vida de la gente. Por esto quien predica, por favor, es el primero que debe

para que vivan el hoy de Jesús, la dulce fuerza de su Espíritu que vuelve viva la Escritura. La Palabra de Dios, de hecho, es viva y eficaz (cfr Hb 4,12), nos cambia, entra en nuestros asuntos, ilumina

nuestra vida cotidiana, consuela y pone orden. Recordemos: la Palabra de Dios transforma una jornada cualquiera en el hoy en el que Dios nos habla. Entonces, tomemos el Evangelio en la mano, cada día un pequeño pasaje para leer y releer. Llévalo en el bolsillo el Evangelio o en el bolso, para leerlo en el viaje, en cualquier mo-

je. Familiaricémonos con el Evangelio, ¡nos traerá la novedad y la alegría de Dios! La Palabra de Dios es también el faro que guía el recorrido sinodal iniciado en toda la Iglesia. Mientras nos comprometemos a escucharnos unos a otros, con atención y discernimiento -porque no es hacer una encuesta de opiniones, no, sino discernir la Palabra, ahí-, escuchamos juntos la Palabra de Dios y el Espíritu Santo. Y la Virgen nos conceda la constancia para nutrirnos cada día con el Evangelio.

Después de la oración del Ángelus, el Papa recordó la beatificación del día precedente en San Salvador, después lanzó un llamamiento por Ucrania, y finalmente habló de la reciente proclamación de san Ireneo como Doctor de la Iglesia, invocando la intercesión para la unidad de los cristianos durante el octavario ecuménico que concluye el 25 de

enero. Finalmente saludó a los grupos presentes.

Queridos hermanos y hermanas,

ayer en San Salvador fueron beatificados el sacerdote jesuita Rutilio Grande García y dos compañeros laicos, y el sacerdote franciscano Cosme Spessotto, mártires de la fe. Ellos estuvieron al lado de los pobres testimoniando el Evangelio, la verdad y la justicia hasta la efusión de la sangre. Su heroico ejemplo suscite en todos el deseo de ser valientes trabajadores de fraternidad y de paz. ¡Un aplauso por los nuevos beatos!

Sigo con preocupación el aumento de las tensiones que amenazan con infligir un nuevo golpe a la paz en Ucrania y cuestionan la seguridad en el continente europeo, con repercusiones aún más amplias. Hago un sentido llamamiento a todas las personas de buena voluntad, para que eleven oraciones a Dios omnipotente, para que cada acción e iniciativa política esté al servicio de la fraternidad humana, más que a los intereses de las partes. Quien persigue sus propios fines en detrimento de los demás, desprecia su propia vocación de hombre, porque todos hemos sido creados

hermanos. Por esto y con preocupación, dadas las tensiones actuales, propongo que el próximo miércoles 26 de enero sea una jornada de oración por la paz.

En el contexto de la Semana de Oración por la Unidad de los cristianos, he aceptado la propuesta llegada de varias partes y he proclamado a San Ireneo de Lyon Doctor de la Iglesia universal. La doctrina de este Santo pastor y maestro es como un puente entre Oriente y Occidente: por esto nos referimos a él como Doctor de la Unidad, *Doctor Unitatis*.

El Señor nos conceda, por su intercesión, trabajar a todos juntos por la plena unidad de los cristianos. Y ahora dirijo mi saludo a todos vosotros, queridos fieles de Roma y peregrinos venidos desde Italia y de otros países. Saludo en particular a la familia espiritual de los Siervos del sufrimiento y a los Scout Agesci del Lacio. Y veo también que hay un grupo de connacionales: saludo a los argentinos aquí presentes. Y también los jóvenes de la Inmaculada. Os deseo a todos un feliz domingo.

Y por favor no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El Papa preside las vísperas en la conclusión de la Semana de oración por la unidad de los cristianos

La valentía de invertir el rumbo para encontrar el camino de la fraternidad

En la tarde del martes 25 de enero, Francisco presidió en la basílica papal de San Pablo extramuros la celebración de los vísperas de la solemnidad de la Conversión del apóstol de las gentes, en la conclusión de la 55ª Semana de oración por la unidad de los cristianos, que este año tenía por tema «Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo» (cf. Mt 2, 2). Participaron representantes de otras Iglesias y comunidades cristianas presentes en Roma. Publicamos la homilía pronunciada por el Pontífice.

Antes de compartir algunas reflexiones, quisiera expresar mi gratitud a Su Eminencia el Metropolitano Polycarpus, representante del Patriarcado Ecuménico, a Su Gracia Ian Ernest, representante personal del Arzobispo de Canterbury en Roma y a los representantes de las otras Comunidades cristianas presentes. Y gracias a todos ustedes, hermanos y hermanas, por haber venido a rezar. Saludo en particular a los estudiantes: los del *Ecumenical Institute of Bossey*, que profundizan el conocimiento de la Iglesia católica; los anglicanos del *Nashotah College* en los Estados Unidos de América; los ortodoxos y ortodoxos orientales que estudian con becas concedidas por el Comité para la Colaboración Cultural con las Iglesias Ortodoxas. Acojamos el apremiante deseo de Jesús, que quiere que todos seamos uno (cf. Jn 17,21) y, con su gracia, caminemos hacia la unidad plena.

En este camino nos ayudan los Magos. Contemplemos esta tarde su itinerario, que consta de tres etapas: comienza en oriente, pasa por Jerusalén y por último llega a Belén.

1. Antes que nada, los Magos salen «del oriente» (Mt 2,1), porque desde allí ven aparecer la estrella. Inician su viaje en oriente, que es donde sale el sol, pero van en busca de una luz más grande. Estos sabios no se conforman con sus conocimientos y sus tradiciones, sino que desean algo más. Por eso afrontan un viaje arriesgado, impulsados por la inquietud de la búsqueda de Dios. Queridos hermanos y hermanas, sigamos también nosotros la estrella de Jesús. No nos dejemos deslumbrar por los resplandores del mundo, estrellas esplendentes pero fugaces. No sigamos las modas del momento, meteoros que se apagan; no caigamos en la tentación de brillar con luz propia, o sea de encerrarnos en nuestro grupo y salvaguardarnos a nosotros mismos. Que nuestra mirada esté fija en Cristo, en el cielo, en la estrella de Jesús. Sigámoslo a Él, a su Evangelio y a su invitación a la unidad, sin preocuparnos de lo largo y difícil que será el camino para alcanzarla plenamente. No olvidemos que la Iglesia, nuestra Iglesia, en el camino hacia la unidad, contemplando la luz, continúa siendo el «mysterium lunae». Anhelemos y caminemos juntos, apoyándonos mutuamente, como lo hicieron los Magos. La tradición nos los ha descrito frecuentemente vestidos con trajes diferentes, para simbolizar pueblos diversos. En los Magos podemos ver reflejadas nuestras diferencias, las distintas tradiciones y experiencias cristianas, pero también nuestra unidad, que na-



ce del mismo deseo: mirar al cielo y caminar juntos en la tierra. Caminar.

El oriente nos hace pensar también en los cristianos que viven en varias regiones diezmadas por la guerra y la violencia. Es precisamente el Consejo de las Iglesias de Oriente Medio el que ha preparado los subsidios para esta Semana de oración. Estos hermanos y hermanas nuestros tienen muchos desafíos difíciles que afrontar y, sin embargo, con su testimonio nos dan esperanza, nos recuerdan que la estrella de Cristo sigue brillando en las tinieblas y no se apaga; que el Señor desde lo alto acompaña y alienta nuestros pasos. Alrededor de Él, en el cielo, brillan juntos, sin distinciones de confesión, muchísimos mártires, que nos indican a los que estamos en la tierra, un camino preciso, el de la unidad.

2. De oriente los Magos llegan a Jerusalén con el deseo de Dios en el corazón, diciendo: «Vimos su estrella en el oriente y hemos venido a adorarlo» (v. 2). Pero de su deseo por el cielo son llevados de regreso a la dura realidad de la tierra: «cuando el rey Herodes oyó esto —dice el Evangelio—, se alarmó, y con él toda Jerusalén» (v. 3). En la ciudad santa los Magos, en vez de ver reflejada la luz de la estrella, experimentan la resistencia de las fuerzas oscuras del mundo. No es sólo Herodes el que se siente amenazado por la novedad de una realeza distinta de la corrompida por el poder mundano, es toda Jerusalén la que se turba por el anuncio de los Magos.

Incluso en nuestro camino hacia la unidad podemos estancarnos por la misma razón que paralizó a aquella gente: la conmoción, el miedo. Es el temor a la novedad, que sacude los hábitos y las seguridades adquiridas; es el miedo a que el otro desestabilice mis tradiciones y mis esquemas consolidados; pero, en el fondo, es el miedo que vive en el corazón del hombre y del que el Señor Resucitado quiere liberarnos. Dejemos, pues, resonar en nuestro camino de comunión su exhortación pascual: «¡No teman!» (Mt 28,5.10). No temamos anteponer al hermano a nuestros miedos, porque el Señor quiere que confiemos los unos en los otros y que caminemos juntos, a pesar de nuestras debilidades y nuestros pecados, a pesar de los errores del pasado y las heridas recíprocas.

En Jerusalén, lugar de decepción y de oposición, justo donde la vía indicada por el Cielo parece estrellarse contra los muros

levantados por los hombres, es donde los Magos descubren el camino hacia Belén; y son los sacerdotes y los escribas quienes, escrutando las Escrituras (cf. Mt 2,4), dan la indicación. Los Magos encuentran a Jesús no solo gracias a la estrella, que entretanto había desaparecido; sino también a la Palabra de Dios. Tampoco nosotros, los cristianos, podemos llegar al Señor sin su Palabra viva y eficaz (cf. Hb 4,12), que fue dada a todo el Pueblo de Dios para ser recibida, para orar con ella, para ser meditada junto con todo el Pueblo de Dios. Acerquémonos, pues, a Jesús por medio de su Palabra, pero acerquémonos también a nuestros hermanos por medio de la Palabra de Jesús. Así su estrella surgirá de nuevo en nuestro camino y nos dará alegría.

3. Esto es lo que le sucedió a los Magos cuando llegaron a su última etapa: Belén. Allí entran en la casa, se postran y adoran al Niño (cf. Mt 2,11). Así es como termina su viaje: juntos, en la misma casa, en adoración. De este modo los Magos anticipan a los discípulos de Jesús, que aun diversos pero unidos, al final del Evangelio se postran delante del Resucitado en el monte de Galilea (cf. Mt 28,17); se convierten en un signo de profecía para nosotros, que anhelamos al Señor, que somos compañeros de viaje por los caminos del mundo y buscadores de los signos de Dios en la historia a través de la Sagrada Escritura. Hermanos y hermanas, también para nosotros la unidad plena, ese estar en la misma casa, sólo puede realizarse si adoramos al Señor. Queridas hermanas y queridos hermanos, la etapa decisiva del camino hacia la plena comunión requiere una oración más intensa, requiere que adoremos, requiere la adoración de Dios.

Los Magos nos recuerdan entonces que para adorar hay un paso que dar: es necesario postrarse. Este es el camino, abajarnos, dejar de lado nuestras pretensiones y poner al Señor en el centro. Cuántas veces el orgullo ha sido el verdadero obstáculo para la comunión. Los Magos tuvieron el valor de dejar en casa prestigio y reputación, para abajarse en la pobre casita de Belén; fue así como se llenaron de una «inmensa alegría» (Mt 2,10). Abajarse, dejar, simplificar. Pidamos a Dios en esta tarde que nos conceda esta valentía, la valentía de la humildad, único camino para llegar a adorar a Dios en la misma casa y en torno al mismo altar.

En Belén, después de postrarse en adoración, los Magos abren sus cofres y ofrecen oro, incienso y mirra (cf. v. 11). Esto nos recuerda que sólo después de haber orado juntos, que sólo ante Dios y bajo su luz, nos damos realmente cuenta de los tesoros que cada uno posee. Pero son tesoros que pertenecen a todos, que deben ser ofrecidos y compartidos. Son, en efecto, dones que el Espíritu Santo destina para el bien común, para la edificación y la unidad de su pueblo. Y esto lo constatamos cuando rezamos, pero también cuando servimos: cuando damos a quien tiene necesidad, se lo estamos dando a Jesús, que se identifica con los pobres y los marginados (cf. Mt 25,33-40); y es Él quien nos une a los unos con los otros.

Los dones de los Magos simbolizan lo que el Señor quiere recibir de nosotros. A Dios hay ofrecerle el oro, el elemento más valioso, porque Dios está al centro. Es a Él a quien debemos mirar, no a nosotros; a su voluntad, no a la nuestra; a sus caminos, no a los nuestros. Y si el Señor está realmente en el primer lugar, entonces nuestras opciones, incluso las eclesísticas, ya no pueden basarse en las políticas del mundo, sino en los deseos de Dios. Después está el incienso, que nos recuerda la importancia de la oración, que sube a Dios como perfume agradable (cf. Sal 141, 2). No nos cansemos, pues, de rezar los unos por los otros y los unos con los otros. Y, por último, la mirra, que se usará para honrar el cuerpo de Jesús depuesto de la cruz (cf. Jn 19,39), nos recuerda la necesidad de cuidar la carne sufrida del Señor, desgarrada en los miembros de los pobres. Sirvamos a los necesitados, sirvamos juntos a Jesús sufriendo.

Queridos hermanos y hermanas, sigamos las indicaciones de los Magos para nuestro camino; y actuemos como ellos, que para regresar a casa «tomaron otro camino» (Mt 2,12). Sí, como Saulo antes de encontrarse con Cristo, también nosotros necesitamos cambiar de ruta, invertir el rumbo de nuestros hábitos y de nuestros intereses para encontrar la senda que el Señor nos muestra, el camino de la humildad, el camino de la fraternidad, de la adoración. Te pedimos Señor que nos concedas el valor de cambiar camino, de convertirnos, de seguir tu voluntad y no nuestras conveniencias; de ir hacia adelante juntos, hacia Ti, que con tu Espíritu quieres que todos seamos una sola cosa. Amén.

Francisco, Bonhoeffer: Escucha, oración y palabra

MARCELO FIGUEROA

El Papa Francisco en su reciente Mensaje para la 56ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, incluyó una importante referencia ecuménica al expresar: «También en la Iglesia hay mucha necesidad de escuchar y de escucharnos. Es el don más precioso y generativo que podemos ofrecernos los unos a los otros. Nosotros los cristianos olvidamos que el servicio de la escucha nos ha sido confiado por Aquel que es el oyente por excelencia, a cuya obra estamos llamados a participar. «Debemos escuchar con los oídos de Dios para poder hablar con la palabra de Dios». El teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer nos recuerda de este modo que el primer servicio que se debe prestar a los demás en la comunión consiste en escucharlos. Quien no sabe escuchar al hermano, pronto será incapaz de escuchar a Dios».

El teólogo protestante y mártir alemán, comienza la obra citada por Francisco, «Vida en comunidad», adelantando que su intención es «examinar algunas enseñanzas y reglas de la Escritura sobre nuestra vida en común bajo la palabra de Dios». Esas primeras líneas son encabezadas por la voz davidica en los salmos «¡Qué dulce y agradable es para los hermanos vivir juntos y en armonía!» (Salmo 133,1)! Resulta altamente significativo que el Papa Francisco haya citado esta obra protestante durante la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. En las palabras finales de su discurso a una delegación ecuménica de Finlandia, el 17 de enero último, el Santo Padre dijo: «Vamos adelante juntos en la búsqueda de Dios, con audacia y concreción. Tengamos la mirada fija en Jesús (cf. Hb 12,2) y mantengámonos firmes en oración, los unos por los otros». Siguiendo la lectura de la obra citada de Bonhoeffer, escribiendo sobre la importancia de la oración, el teólogo que se enfrentó al nazismo escribió: «Una comunidad cristiana vive gracias a los ruegos que hacen sus miembros unos por otros; de lo contrario moriría. Desde ese momento que ruego por un hermano ya me es imposible odiarlo o condenarlo, por grandes que sean las tribulaciones que me cause... No hay empatía, ni tensión, ni desacuerdo personal que no puedan superarse orando por otro. La intercesión es el baño purificador donde el individuo y la comunidad deben sumergirse cada día».

El domingo pasado se conmemoró el domingo de la Palabra de Dios. En su homilía dominical, el Papa Francisco exhortó a la comunidad cristiana reunida alrededor de la Biblia con las siguientes palabras: «Hermanos, hermanas, preguntémosnos: ¿llevamos en el corazón esta imagen liberadora de Dios, del Dios cercano, compasivo y tierno o pensamos que sea un juez riguroso, un rígido aduanero de nuestra vida? ¿Nuestra fe genera esperanza y alegría o me pregunto si entre nosotros está todavía determinada por el miedo? ¿Qué rostro de Dios anunciamos en la Iglesia, el Salvador que libera y cura o el Dios Temible que aplasta bajo los sentimientos de culpa? Para convertirnos al Dios verdadero, Jesús nos indica de dónde debemos partir: de la Palabra. Ella, contándonos la historia del amor que Dios tiene por nosotros, nos libera de los miedos y de los conceptos erróneos sobre Él, que apagan la alegría de la fe. La Palabra derriba los falsos ídolos, desenmascara nuestras proyecciones, destruye las representaciones demasiadas humanas de Dios y nos muestra su rostro verdadero, su misericordia. La Palabra de Dios nutre y renueva la fe, ¡volvamos a ponerla en el centro de la oración y de la vida espiritual! Al centro la Palabra que nos revela como es Dios y nos hace cercanos a Él». En el capítulo cuarto del libro que venimos citando, Bonhoeffer dedica un apartado al lugar de la palabra de Dios en la comunidad cristiana ecuménica. El teólogo, discípulo de Karl Barth, expresa entre otras consideraciones que: «La verdad y el amor son, el clima de la humildad. La palabra de Dios sigue siendo la fuerza que la inspira y por la que se deja guiar hacia el prójimo. Y puesto que no busca ni teme nada para sí mismo, el humilde es capaz de ofrecer a otros la ayuda de la palabra... Dejando que entre nosotros únicamente la palabra de Dios despliegue su poder de juicio y salvación, estamos cumpliendo un acto de misericordia... Dios une en la ruptura, religa en el mismo acto de la separación, concede la gracia en el juicio. Ha puesto su palabra en nuestra boca, y quiere que sea pronunciada por nosotros».

En esta semana de oración por la unidad de los cristianos, reflexionemos en el lugar que cada confesión cristiana ocupa en la escucha, la oración y la Palabra de Dios. Las reflexiones del Papa Francisco y las citas del pastor protestante Dietrich Bonhoeffer pueden sernos de enorme ayuda. ¡Que así sea!

Mensaje del Papa Francisco

Escuchar con los oídos del corazón



«Escuchar con los oídos del corazón»: este es el tema elegido por el Papa Francisco para el mensaje en vista de la Jornada mundial de las comunicaciones sociales 2022, que en algunos países se celebrará el domingo 29 de mayo. Publicamos el texto pontificio, que como es habitual fue publicado el 24 de enero, en memoria de san Francisco de Sales, patrón de la prensa católica.



Escuchar con los oídos del corazón

Queridos hermanos y hermanas:

El año pasado reflexionamos sobre la necesidad de “ir y ver” para descubrir la realidad y poder contarla a partir de la experiencia de los acontecimientos y del encuentro con las personas.

Siguiendo en esta línea, deseo ahora centrar la atención sobre otro verbo, “escuchar”, decisivo en la gramática de la comunicación y condición para un diálogo auténtico.

En efecto, estamos perdiendo la capacidad de escuchar a quien tenemos delante, sea en la trama normal de las relaciones cotidianas, sea en los debates sobre los temas más importantes de la vida civil.

Al mismo tiempo, la escucha está experimentando un nuevo e importante desarrollo en el campo comunicativo e informativo, a través de las diversas ofertas de podcast y chat audio, lo que confirma que escuchar sigue siendo esencial para la

comunicación humana.

A un ilustre médico, acostumbrado a curar las heridas del alma, le preguntaron cuál era la mayor necesidad de los seres humanos. Respondió: “El deseo ilimitado de ser escuchados”.

Es un deseo que a menudo permanece escondido, pero que interpela a todos los que están llamados a ser educadores o formadores, o que desempeñen un papel de comunicador: los padres y los profesores, los pastores y los agentes de pastoral, los trabajadores de la información y cuantos prestan un servicio social o político.

Escuchar con los oídos del corazón

En las páginas bíblicas aprendemos que la escucha no sólo posee el significado de una percepción acústica, sino que está esencialmente ligada a la relación dialógica entre Dios y la humanidad. «Shema' Israel - Escucha, Israel» (*Dt* 6,4), el incipit del primer mandamiento de la Torah se propone continuamente en la Biblia, hasta tal punto que san Pablo afirma que «la fe proviene de la escucha» (*Rm* 10,17).

Efectivamente, la iniciativa es de Dios que nos habla, y nosotros respondemos escuchándolo; pero también esta escucha, en el fondo, proviene de su gracia, como sucede al recién nacido que responde a la mirada y a la voz de la mamá y del papá. De los cinco sentidos, parece que el privilegiado por Dios es precisamente el oído, quizá porque es menos invasivo, más discreto que la vista, y por tanto deja al ser humano más libre.

La escucha corresponde al estilo humilde de Dios. Es aquella acción que permite a Dios revelarse como Aquel que, hablando, crea al hombre a su imagen, y, escuchando, lo reconoce como su interlocutor.

Dios ama al hombre: por eso le dirige la Palabra, por eso “inclina el oído” para escucharlo.

El hombre, por el contrario, tiende a huir de la relación, a volver la espalda y “cerrar los oídos” para no tener que escuchar.

El negarse a escuchar termina a menudo por convertirse en agresividad hacia el otro, como les sucedió a los oyentes del diácono Esteban, quienes, tapándose los oídos, se lanzaron todos juntos contra él (cf. *Hch* 7,57).

Así, por una parte está Dios, que siempre se revela comunicándose gratuitamente; y por la otra, el hombre, a quien se le pide que se ponga a la escucha.

El Señor llama explícitamente al hombre a una alianza de amor, para que pueda llegar a ser plenamente lo que es: imagen y semejanza de Dios en su capacidad

chamos, qué escuchamos y cómo escuchamos podemos crecer en el arte de comunicar, cuyo centro no es una teoría o una técnica, sino la «capacidad del corazón que hace posible la proximidad» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 171).

Todos tenemos oídos, pero muchas veces incluso quien tiene un oído perfecto no consigue escuchar a los demás. Existe realmente una sordera interior peor que la sordera física.

La escucha, en efecto, no tiene que ver solamente con el sentido del oído, sino con toda la persona. La verdadera sede de la escucha es el corazón.

El rey Salomón, a pesar de ser muy joven, demostró sabiduría porque pidió al Señor que le concediera «un corazón ca-

Estamos perdiendo la capacidad de escuchar a quien tenemos delante, sea en la trama normal de las relaciones cotidianas, sea en los debates sobre los temas más importantes de la vida civil. Al mismo tiempo, la escucha está experimentando un nuevo e importante desarrollo en el campo comunicativo e informativo, a través de las diversas ofertas de podcast y chat audio, lo que confirma que escuchar sigue siendo esencial para la comunicación humana

de escuchar, de acoger, de dar espacio al otro. La escucha, en el fondo, es una dimensión del amor.

Por eso Jesús pide a sus discípulos que verifiquen la calidad de su escucha: «Presten atención a la forma en que escuchan» (*Lc* 8,18); los exhorta de ese modo después de haberles contado la parábola del sembrador, dejando entender que no basta escuchar, sino que hay que hacerlo bien. Sólo da frutos de vida y de salvación quien acoge la Palabra con el corazón “bien dispuesto y bueno” y la custodia fielmente (cf. *Lc* 8,15).

Sólo prestando atención a quién escu-

de escuchar» (1 Re 3,9).

Y san Agustín invitaba a escuchar con el corazón (corde audire), a acoger las palabras no exteriormente en los oídos, sino espiritualmente en el corazón: «No tengan el corazón en los oídos, sino los oídos en el corazón» [1]. Y san Francisco de Asís exhortaba a sus hermanos a «inclinarse el oído del corazón» [2].

La primera escucha que hay que redescubrir cuando se busca una comunicación verdadera es la escucha de sí mismo, de las propias exigencias más verdaderas, aquellas que están inscritas en lo íntimo de toda persona.

razón

Y no podemos sino escuchar lo que nos hace únicos en la creación: el deseo de estar en relación con los otros y con el Otro. No estamos hechos para vivir como átomos, sino juntos.

La escucha como condición de la buena comunicación

Existe un uso del oído que no es verdadera escucha, sino lo contrario: el escuchar a escondidas. De hecho, una tentación siempre presente y que hoy, en el tiempo de las redes sociales, parece haberse agudizado, es la de escuchar a escondidas y espiar, instrumentalizando a los demás para nuestro interés.

Por el contrario, lo que hace la comunicación buena y plenamente humana es precisamente la escucha de quien tenemos delante, cara a cara, la escucha del otro a quien nos acercamos con apertura leal, confiada y honesta.

Lamentablemente, la falta de escucha, que experimentamos muchas veces en la vida cotidiana, es evidente también en la vida pública, en la que, a menudo, en lugar de oír al otro, lo que nos gusta es escucharnos a nosotros mismos.

Esto es síntoma de que, más que la verdad y el bien, se busca el consenso; más que a la escucha, se está atento a la audiencia. La buena comunicación, en cambio, no trata de impresionar al público con un comentario ingenioso dirigido a ridiculizar al interlocutor, sino que presta atención a las razones del otro y trata de hacer que se comprenda la complejidad de la realidad. Es triste cuando, también en la Iglesia, se forman bandos ideológicos, la escucha desaparece y su lugar lo ocupan contraposiciones estériles.

En realidad, en muchos de nuestros diálogos no nos comunicamos en absoluto.

Estamos simplemente esperando que el otro termine de hablar para imponer nuestro punto de vista.

En estas situaciones, como señala el filósofo Abraham Kaplan [3], el diálogo es un “duálogo”, un monólogo a dos voces. En la verdadera comunicación, en cambio, tanto el tú como el yo están “en salida”, tienden el uno hacia el otro.

Escuchar es, por tanto, el primer e indispensable ingrediente del diálogo y de la buena comunicación. No se comunica si antes no se ha escuchado, y no se hace buen periodismo sin la capacidad de escuchar.

Para ofrecer una información sólida, equilibrada y completa es necesario haber escuchado durante largo tiempo.

Para contar un evento o describir una realidad en un reportaje es esencial haber sabido escuchar, dispuestos también a cambiar de idea, a modificar las propias hipótesis de partida.

En efecto, solamente si se sale del monólogo se puede llegar a esa concordancia de voces que es garantía de una verdadera comunicación.

Escuchar diversas fuentes, “no conformarnos con lo primero que encontramos” —como enseñan los profesionales expertos— asegura fiabilidad y seriedad a las informaciones que transmitimos.

Escuchar más voces, escucharse mutuamente, también en la Iglesia, entre hermanos y hermanas, nos permite ejercitar el arte del discernimiento, que aparece siempre como la capacidad de orientarse en medio de una sinfonía de voces. Pero, ¿por qué afrontar el esfuerzo que requiere la escucha?

Un gran diplomático de la Santa Sede, el cardenal Agostino Casaroli, hablaba del “martirio de la paciencia”, necesario para escuchar y hacerse escuchar en las negociaciones con los interlocutores más difíciles, con el fin de obtener el mayor bien posible en condiciones de limitación de la libertad.

Pero también en situaciones menos difíciles, la escucha requiere siempre la virtud de la paciencia, junto con la capaci-



dad de dejarse sorprender por la verdad — aunque sea tan sólo un fragmento de la verdad— de la persona que estamos escuchando. Sólo el asombro permite el conocimiento. Me refiero a la curiosidad infinita del niño que mira el mundo que lo rodea con los ojos muy abiertos.

Escuchar con esta disposición de ánimo

Escuchar es, por tanto, el primer e indispensable ingrediente del diálogo y de la buena comunicación. No se comunica si antes no se ha escuchado, y no se hace buen periodismo sin la capacidad de escuchar. Para ofrecer una información sólida, equilibrada y completa es necesario haber escuchado durante largo tiempo

—el asombro del niño con la consciencia de un adulto— es un enriquecimiento, porque siempre habrá alguna cosa, aunque sea mínima, que puedo aprender del otro y aplicar a mi vida.

La capacidad de escuchar a la sociedad es sumamente preciosa en este tiempo herido por la larga pandemia. Mucha desconfianza acumulada precedentemente hacia la “información oficial” ha causado una “infodemia”, dentro de la cual es cada vez más difícil hacer creíble y transparente el mundo de la información.

Es preciso disponer el oído y escuchar en profundidad, especialmente el malestar social acrecentado por la disminución o el cese de muchas actividades económicas.

También la realidad de las migraciones forzadas es un problema complejo, y nadie tiene la receta lista para resolverlo. Repito que, para vencer los prejuicios sobre los migrantes y ablandar la dureza de nuestros corazones, sería necesario tratar de escuchar sus historias, dar un nombre y una historia a cada uno de ellos. Muchos buenos periodistas ya lo hacen.

Y muchos otros lo harían si pudieran. ¡Alentémoslos! ¡Escuchemos estas histo-

rias! Después, cada uno será libre de sostener las políticas migratorias que considere más adecuadas para su país.

Pero, en cualquier caso, ante nuestros ojos ya no tendremos números o invasores peligrosos, sino rostros e historias de personas concretas, miradas, esperanzas, sufrimientos de hombres y mujeres que

Dar gratuitamente un poco del propio tiempo para escuchar a las personas es el primer gesto de caridad.

Hace poco ha comenzado un proceso sinodal. Oremos para que sea una gran ocasión de escucha recíproca.

La comunión no es el resultado de estrategias y programas, sino que se edifica en la escucha recíproca entre hermanos y hermanas.

Como en un coro, la unidad no requiere uniformidad, monotonía, sino pluralidad y variedad de voces, polifonía. Al mismo tiempo, cada voz del coro canta escuchando las otras voces y en relación a la armonía del conjunto.

Esta armonía ha sido ideada por el compositor, pero su realización depende de la sinfonía de todas y cada una de las voces.

Conscientes de participar en una comunión que nos precede y nos incluye, podemos redescubrir una Iglesia sinfónica, en la que cada uno puede cantar con su propia voz acogiendo las de los demás como un don, para manifestar la armonía del conjunto que el Espíritu Santo compone.

Roma, San Juan de Letrán, 24 de enero de 2022, Memoria de san Francisco de Sales.

Francisco

[1] «Nolite habere cor in auribus, sed aures in corde» (*Sermo* 380, 1: *Nuova Biblioteca Agostiniana* 34, 568).

[2] *Carta a toda la Orden: Fuentes Franciscanas*, 216.

[3] Cf. *The life of dialogue*, en J. D. Roslansky ed., *Communication. A discussion at the Nobel Conference*, North-Holland Publishing Company - Amsterdam 1969, 89-108.

[4] D. Bonhoeffer, *Vida en comunidad*, Sígueme, Salamanca 2003, 92.

[5] Cf. *ibid.*, 90-91.

El discurso a la plenaria de la Congregación para la doctrina de la fe

Firmeza y rigor para hacer justicia a las víctimas de los abusos

El recorrido sinodal necesita continuo discernimiento

«La Iglesia, con la ayuda de Dios, está llevando adelante con firme decisión el compromiso de hacer justicia a las víctimas de los abusos llevados a cabo por sus miembros, aplicando con particular atención y rigor la legislación canónica prevista». Lo aseguó el Papa Francisco en el discurso pronunciado la mañana del viernes 21 de enero, con ocasión de la audiencia a los participantes de la Asamblea plenaria de la Congregación para la doctrina de fe, recibidos en la Sala Clementina.

¡Señores cardenales, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas!

Me alegra recibirlos al finalizar el trabajo de vuestra Asamblea Plenaria. Doy las gracias al prefecto por su introducción y os saludo a todos vosotros, superiores, oficiales y miembros de la Congregación para Doctrina de la fe. Renuevo mi gratitud por vuestro precioso servicio a la Iglesia universal, en el promover y tutelar la integridad de la doctrina católica sobre la fe y sobre la moral.

realizarse en todos los pueblos de la tierra.

La Iglesia, desde el inicio de su misión, siempre ha proclamado y promovido el valor intangible de la dignidad humana. El hombre de hecho es la obra maestra de la creación: es querido y amado por Dios como copartícipe de sus diseños eternos, y para su salvación Jesús ha dado la vida hasta morir en la cruz por cada hombre, por cada uno de nosotros. Os doy las gracias por la reflexión que habéis iniciado sobre el valor de la dignidad humana, teniendo en cuenta los desafíos que la realidad actual plantea al respecto.

La segunda palabra es discernimiento. Hoy cada vez más a los creyentes se les pide el arte del discernimiento. En el cambio de época que estamos atravesando, mientras por un lado los creyentes se encuentran delante de cuestiones inéditas y complejas, por el otro aumenta una necesidad de espiritualidad que no siempre encuentra en el Evangelio su punto de referencia. Sucede así que no pocas

mente pastoral pretendo siempre favorecer la fe católica *-in favorem fidei!* en la nueva unión y en la familia, de la que tal nuevo matrimonio será el núcleo.

Y aquí quisiera detenerme también sobre la necesidad del discernimiento en el recorrido sinodal. Algunos pueden pensar que el recorrido sinodal es escuchar a todos, hacer una encuesta y dar resultados. Muchos votos, muchos votos, muchos votos... No. Un recorrido sinodal sin discernimiento no es un recorrido sinodal. Es necesario -en el recorrido sinodal- discernir continuamente las opiniones, los puntos de visto, las reflexiones. No se puede ir en el recorrido sinodal sin discernir. Este discernimiento es el que hará del Sínodo un verdadero Sínodo, del que el personaje -digamos así- más importante es el Espíritu Santo, y no un parlamento o una encuesta de opiniones que pueden hacer los medios de comunicación. Por esto subrayo: es importante el discernimiento en el recorrido sinodal.



Integridad fecunda.

En esta ocasión, quisiera compartir con vosotros algunas reflexiones en torno a tres palabras: dignidad, discernimiento y fe.

La primera palabra: dignidad. Como escribí al inicio de la Encíclica *Fratelli tutti*, es mi gran deseo que «en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad» (n. 8). Si la fraternidad es el destino que el Creador ha diseñado para el camino de la humanidad, el camino principal es el del reconocimiento de la dignidad de toda persona humana.

En nuestra época, sin embargo, marcada por tantas tensiones sociales, políticas e incluso sanitarias, crece la tentación de considerar al otro como extraño o enemigo, negándole una dignidad real. Por eso, especialmente en este tiempo, estamos llamados a recordar, «a tiempo y a destiempo» (2 *Tm* 4,2), y siguiendo fielmente una bimilenaria enseñanza eclesial, que la dignidad de todo ser humano tiene un carácter intrínseco y vale desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. Precisamente la afirmación de tal dignidad es el presupuesto irrenunciable para la tutela de una existencia personal y social, y también la condición necesaria para que la fraternidad y la amistad social puedan

veces tenemos que tratar con presuntos fenómenos sobrenaturales, para los cuales el pueblo de Dios debe recibir indicaciones seguras y sólidas.

El ejercicio del discernimiento encuentra después un ámbito de necesaria aplicación en la lucha contra los abusos de todo tipo. La Iglesia, con la ayuda de Dios, está llevando adelante con firme decisión el compromiso de hacer justicia a las víctimas de los abusos por parte de sus miembros, aplicando con particular atención y rigor la legislación canónica prevista. En este sentido recientemente procedí a la actualización de las Normas sobre delitos reservados a la Congregación para la Doctrina de la fe, con el deseo de hacer más incisiva la acción judicial. Esta, por sí sola, no puede bastar para frenar el fenómeno, pero constituye un paso necesario para restablecer la justicia, reparar el escándalo y enmendar al culpable.

Un compromiso similar de discernimiento se expresa también en otro campo del que os ocupáis cotidianamente: la disolución del vínculo matrimonial *in favorem fidei*. Cuando, en virtud de la potestad petrina, la Iglesia concede la disolución de un vínculo matrimonial no-sacramental, no se trata solo de poner fin canónico a un matrimonio, que ya ha fracasado de hecho, sino que en realidad, a través de este acto eminente-

La última palabra es fe. Vuestra Congregación está llamada no solo a defender sino también a promover la fe. Sin la fe, la presencia de los creyentes en el mundo se reduciría a la de una agencia humanitaria. La fe debe ser el corazón de la vida y de la acción de todo bautizado. Y no una fe genérica o vaga, como si fuera vino agudo que pierde valor; sino una fe genuina, franca, como la quiere el Señor cuando dice a los discípulos: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza...» (*Lc* 17,6). Por esto, nunca debemos olvidar que «una fe que no nos pone en crisis es una fe en crisis; una fe que no nos hace crecer es una fe que debe crecer; una fe que no nos interroga es una fe sobre la cual debemos preguntarnos; una fe que no nos anima es una fe que debe estar animada; una fe que no nos conmueve es una fe que debe ser sacudida» (*Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2017).

No nos conformemos con una fe tibia, habitual, de manual. Colaboremos con el Espíritu Santo y colaboremos entre nosotros para que el fuego que Jesús vino a traer al mundo pueda seguir ardiendo e inflamando los corazones de todos. Queridos, os agradezco mucho vuestro trabajo y os animo a ir adelante con la ayuda del Señor. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

El Papa Francisco entrará virtualmente en las universidades americanas para dialogar con estudiantes de todo el continente

Construyendo puentes

LORENA PACHO PEDROCHE

Un Pontífice en salida, también gracias a las nuevas tecnologías, para llegar a todos los rincones del planeta y a todos los fieles. El Papa Francisco entrará de manera virtual en las universidades de América del Norte, Central y del Sur para dialogar con estudiantes de todo el continente el próximo 24 de febrero. Este evento histórico, organizado por la Universidad Loyola de Chicago en colaboración con la teóloga argentina Emilce Cuda, responsable de oficina de la Comisión Pontificia para América Latina, se enmarca en el proceso sinodal que se está llevando a cabo en la Iglesia universal y que culminará en 2023.

La Comisión Pontificia para América Latina, presidida por el cardenal Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los Obispos, ha adquirido un nuevo impulso con el Papa Francisco y se ocupa de asesorar y ayudar a las iglesias particulares de América Latina y de estudiar las cuestiones que se refieren a la vida y al progreso de estas iglesias. La teóloga Cuda ha propuesto que la Comisión busque tejer una red de conexiones entre las Américas, de norte a sur, en concreto en áreas claves como las migraciones, la energía, la alimentación o la justicia económica y medioambiental. En este marco, el encuentro del Pontífice con los universitarios se ve como un importante paso en el proceso de construir puentes dentro del inmenso continente. De hecho, «Construyendo puentes» es el lema de la charla virtual.

Este encuentro inaudito entre el Papa y estudiantes universitarios de todos los rincones del continente americano, comprometidos con la justicia social, el servicio a los demás y la búsqueda de Dios en todas las cosas, abordará los desafíos más destacados de nuestro tiempo. Francisco dialogará con estos universitarios, destacando las aportaciones de los estudiantes que son ellos mismos migrantes e hijos de migrantes. Los estudiantes compartirán proyectos educativos concretos que buscan transformar justamente las realidades ambientales y económicas y las múltiples formas en que sus compromisos educativos pueden contribuir a integrar y empoderar las periferias existenciales.

El proyecto pretende ir más allá de una mera conferencia sobre la sinodalidad, y tal y como Emilce Cuda ha explicado a los medios busca «hacer una acción sinodal que involucre a los estudiantes universitarios migrantes de América del Norte y del Sur». Y profundizar en el contexto y las causas de las migraciones, no tanto desde el punto de vista humanitario de asistencia a los migrantes cuando llegan a un nuevo país sino indagando, desde una perspectiva científica y tecnológica, en las causas fundamentales que llevan a las personas a abandonar sus países en busca de una vida mejor y preguntando qué se puede hacer para resolverlas. La intención es involucrar a los estudiantes universitarios para buscar soluciones en cada país, hacer que se reúnan para debatir y es-

cuchar los ideas de los demás, más que asistir a una conferencia. Cuda ha señalado que la mayoría de los migrantes de América Latina son migrantes económicos, no refugiados, y como ha apuntado que las causas de estos movimientos migratorios son «estructurales», vinculadas por ejemplo a las empresas multinacionales que merman los recursos a los países de la región.

Emilce Cuda ha señalado también que habitualmente los medios de comunicación presentan a los migrantes como limpiadores o trabajadores en la economía informal, mientras que rara vez se muestra a los migrantes trabajando en campos cualificados científicos o técnicos. Una de las tareas pendientes es corregir esta imagen parcial del fenómeno y dar mayor visibilidad a este segundo grupo de migrantes.

La teóloga ha explicado que se animó a invitar al Papa para que participara en el proyecto cuando lo vio en un programa de la televisión italiana llamado «Los invisibles» hablando con personas de los márgenes de la sociedad, algo que tuvo un gran impacto. Entonces envió una carta al Pontífice para proponerle que se uniera al evento con los estudiantes y al poco tiempo recibió una respuesta: «Sí, participaré, pero debes ayudarme».

En el gran evento participarán 100 estudiantes de universidades jesuitas, católicas y laicas, la mayoría de ellos migrantes o de familias migrantes. Para elegir a los estudiantes, Cuda y cuatro profesores de la universidad Loyola trabajaron duro durante dos meses contactando con universidades de Estados Unidos, Canadá, Centroamérica, el Caribe y Sudamérica.

Los estudiantes se organizarán a través de una plataforma virtual en siete grupos de trabajo regionales para debatir sobre la migración de forma sinodal, de manera similar a como se hace en los propios sínodos. Como ella misma ha señalado, la teóloga argentina ha hablado este mes con 50 estudiantes de 19 países latinoamericanos para preparar el evento. Después de un primer trabajo de debate, los distintos grupos plantearán preguntas, que siete u ocho estudiantes de los distintos lugares de América presentarán al Papa.

Emilce Cuda, nacida en Buenos Aires, se doctoró en teología en la Universidad Católica Argentina. Estudió ciencias políticas en la Northwestern University de Chicago y se especializó en el estudio de las raíces del populismo. Ha impartido clases en varias universidades, como la Universidad Católica de Argentina y la Universidad Nacional Arturo Jauretche en Buenos Aires, y el Boston College y la Universidad DePaul en Estados Unidos. También es asesora de la escuela social del CELAM. Se la ha descrito como «la mujer que sabe leer al papa Francisco», por su libro «Para Leer a Francisco - Teología, Ética y Política» y es conocida por interpretar las enseñanzas del papa a través de la Teología del pueblo, el pensamiento latinoamericano y su propia exposición nativa al medio cultural del pontífice.

En San Salvador, el cardenal Rosa Chávez beatificó a los mártires Rutilio Grande, con dos laicos, y Cosma Spessotto

En nombre de todas las víctimas inocentes de la "gran tribulación"

La imagen del Cristo Redentor del mundo se apoya sobre una estilizada choza de paja, el humilde hogar de los campesinos de El Salvador. En torno a este núcleo simbólico tuvo lugar el rito de beatificación de cuatro nuevos mártires, asesinados por los escuadrones de la muerte en 1976-1980. La tarde del sábado 22 de enero, en la Plaza de Las Américas de la capital, el cardenal Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de la arquidiócesis de San Salvador, elevó a la gloria de los altares -en nombre del Papa Francisco- al jesuita Rutilio Grande con dos compañeros laicos, Nelson Rutilio Lemus y Manuel Solórzano, y a la franciscana Cosma Spessotto. Ante un gran número de fieles llegados de todo el país, el cardenal destacó que el pueblo salvadoreño ve en los mártires inscritos en el libro de los beatos "una imagen de su propia historia, marcada por alegrías y esperanzas, tristezas y angustias", pero constantemente distinguida por la presencia del Señor tanto en los momentos de dificultad como en los de alegría. El cardenal señaló entonces que en América Latina el martirio "está ligado a la vivencia del Evangelio y de la doctrina de la Iglesia, especialmente después del Concilio Vaticano II y de la asamblea general de los obispos de nuestro continente en Medellín". Un ejemplo evidente es el de Rutilio Grande que, tras

formarse en Ecuador en el Instituto Latinoamericano de Pastoral (IPLA), que luego se convirtió en el Instituto Teológico-Pastoral del CELAM, y compartir la experiencia de trabajo con campesinos e indígenas en la diócesis de Riobamba en tiempos de monseñor Leonidas Proaño, regresó a El Salvador "con una clara e inequívoca opción por los pobres". Ahora encabeza la lista de mártires del país, seguido de veinte sacerdotes, tres monjas americanas y un misionero, y cientos de otros anónimos. El más ilustre de ellos, recordó el cardenal, es por supuesto monseñor Óscar Romero, sin olvidar a otro obispo, monseñor Roberto Joaquín Ramos, asesinado en junio de 1993. Y el martirio de los dos laicos Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus es "como una ventana a esa realidad de 'una gran multitud que nadie podía contar'" (Ap 7,9). Ellos, dijo Rosa Chávez, forman parte de esa cifra simbólica de los setenta y cinco mil muertos que "lloramos durante la lucha fratricida que nos desangró durante doce años y que terminó felizmente cuando las partes enfrentadas firmaron la paz". A continuación, el cardenal subrayó que los participantes en la celebración representaban a todo el pueblo salvadoreño: entre ellos, en particular, los humildes campesinos que "se alegran de ver que la Iglesia reconoce la santidad de



Un momento de la celebración presidida por el cardenal Rosa Chávez en San Salvador (Afp)

quienes han entregado su vida a su servicio" y los representantes de las comunidades que fueron dirigidas por el P. Cosme y el P. Rutilio. "Los que hemos vivido intencionalmente esta experiencia, los que hemos experimentado en primera persona el drama de la violencia institucionalizada, la violencia de los conflictos armados y la violencia cotidiana", dijo, "llenamos esta plaza y sus alrededores". Pero también están "los que hemos visto morir a seres queridos que no tenían nada que ver con el conflicto: son las víctimas civiles y los que han huido como un pájaro de la trampa del ca-

zador". Al saludar a quienes seguían la celebración a través de los medios de comunicación de todo el mundo, el cardenal se dirigió a las autoridades, a las mujeres y a los hombres "llamados a ser instrumentos de diálogo y de reconciliación mediante la búsqueda del bien común", y a los "representantes de países hermanos que forman parte del cuerpo diplomático". ¡Cuánto les debemos -reconoció- en el largo camino que ha llevado al fin de la confrontación armada! A los cuatro mártires beatificados de El Salvador, añadió el cardenal, se les pueden aplicar

las palabras del apóstol Juan en el Apocalipsis: "Vienen de la gran tribulación y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero". De hecho, la guerra fratricida que fue el telón de fondo de su martirio puede describirse como una "gran tribulación" para la nación. Cómo olvidar, comentó Rosa Chávez, "lo que este horrible drama trajo consigo: el odio, la venganza, el dolor, la destrucción, el terror, la muerte, la calumnia, la estigmatización son componentes perversos de la 'gran tribulación' que compartieron con el pueblo indefenso". Como los mártires del

Apocalipsis, "su sangre derramada, con la que sellaron el testimonio supremo de su fe, se mezcló con la de todas las víctimas inocentes cuyos nombres ni siquiera se conocen (cf. Ap 18,26). Pero Dios conoce su testimonio". Esta sangre derramada, "unida a la de Cristo, es fuente de esperanza para nuestro pueblo. En primer lugar, porque en la persona de los mártires Dios ha reclamado a todas las víctimas inocentes. Rutilio, Manuel, Nelson y Cosma dan nombre a todas las víctimas inocentes ofrecidas en el altar sacrilego de los ídolos del poder, el placer y el dinero". La sangre derramada por los mártires, "asociada a la del sacrificio de Cristo en la cruz, es semilla de reconciliación y de paz".

La "gran tribulación", subrayó el cardenal, se produjo no sólo por las muertes violentas, sino también por los estigmas que marcaron injustamente a la mayoría de las víctimas. "¡Cómo han sufrido miles de familias -señaló- ante calumnias, difamaciones y descréditos inmerecidos que han hecho más grande su dolor!". En la ceremonia estuvieron presentes, entre otros, el secretario general del CELAM, monseñor Eduardo Lozano, el obispo de Vittorio Veneto, Corrado Pizzolo, y el padre Pascual Cebollada, postulador general de los jesuitas y representante del propósito general.

Entrevista a Rosa María Abad León, laica española que recibió el ministerio de catequista en la celebración del domingo de la Palabra de Dios

Llevar a Dios a las personas en su presente

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El Papa Francisco otorgó el pasado domingo los ministerios de catequistas y lectores a varios laicos por primera vez, en un rito nuevo, en la Basílica de San Pedro durante la celebración eucarística de la Jornada de la Palabra de Dios. Los nuevos lectores y catequistas, procedían de varias partes del mundo y fueron llamados por su nombre para recibir este nuevo mandato. Entre ellos la española Rosa María Abad León, catequista de la diócesis de Madrid en la parroquia Cristo de la Victoria, que comparte en esta entrevista con L'Osservatore Romano su experiencia.

¿Desde hace cuánto tiempo es catequista? ¿Cómo inició este servicio? Llevo 10 años siendo catequista. Primero colaboré con Cáritas durante dos años, pero aunque la labor que hacen es muy importante, yo no terminaba de encajar. Entonces fui a mi parroquia y le pregunté al párroco de entonces en qué podía colaborar, y me dijo que en catequesis. Así empecé. Al principio no tenía mucha idea, pero me preparé, me hice una programación y en mi primer grupo me llevé una gran sorpresa. Un grupo de niñas que provenía de un hogar de acogida de la Comunidad de Ma-

dríd por proceder de familias desestructuradas: violencia, droga, etc. Fue un impacto muy fuerte. Me di cuenta que al inicio el catecismo no sería muy útil, primero tenía que ganármelas con el corazón. Así vi que ese era mi sitio, mi lugar.

Además, usted también forma parte del Equipo de Expertos de la Delegación de Catequesis de Madrid. ¿Qué función tiene este grupo? Sí, desde hace seis años. Yo empecé a ir a los cursos de formación de la diócesis. Empecé también a escribir en la revista "Catequistas". A partir de ahí contactaron conmigo y me preguntaron si quería colaborar. Respecto al trabajo que hacemos: ahora mismo estamos realizando los materiales para la Catequesis con una visión diferente. Se han hecho unos materiales muy buenos, creados por gente muy preparada. Estos materiales son muy innovadores ya que se basan en los diferentes ciclos. Por ejemplo, algunas parroquias que no tienen muchos niños y tienen que juntar a los de primero, segundo y tercer año. Pues con estos materiales da la posibilidad de seguir las catequesis adaptadas a cada nivel. Además, usa medios audiovisuales, fragmentos de películas.



En estos años en los que usted ha sido catequista, ¿cómo ha "evolucionado" el papel del catequista en las parroquias? Tenemos que evolucionar constantemente porque a los niños hay que llegarles. Es evidente que los niños de hoy no tienen nada que ver a cuando yo era niña. Las nuevas tecnologías, las nuevas formas de expresarse... Un niño jamás se va a poner a mi nivel en cuanto a edad, pero yo sí me puedo poner a su nivel, yo sí he pasado por sus años. Por eso tenemos que aprender su forma de hablar, tenemos que aprender las redes sociales, hay que entender cómo funciona Instagram. Y a partir de ahí explicarles, por ejemplo, que detrás

de un like, un me gusta, no vale todo. Detrás de eso hay un ser humano. En todo esto hay que "transformarse" como catequista. Llevar a Dios en su presente, en su hoy en día. Ese niño, ese adulto, ese joven, tiene que saber que Dios está con nosotros todos los días. Hay que prepararse porque hay una simbología en los ritos, en los sacramentos, en la misa y cuando la gente no lo entiende, no le llega. Si tú le explicas por qué una determinada cosa se hace y la razón que hay detrás de ese gesto o contextualizas la Sagrada Escritura, la gente lo entiende y así percibe que es real y lo lleva a su vida.

¿Cómo se enteró de que sería instituida catequista en San Pedro el Domingo de la Palabra de Dios? Me llamaron de la delegación y me lo comunicaron. En ese momento, no sabía qué decir. Una persona a la que admiro muchísimo me dijo "Dios a veces deja sin palabras". Y es verdad, me quedé sin palabras. Cuando lo procesé, acepté y fue una alegría inmensa, sentido de la responsabilidad y agradecimiento a Dios por haberse fijado en mí,

aunque no sé por qué lo ha hecho. A mí siempre me marcó mucho el Evangelio del joven rico. Si Dios quiere algo de mí, no le voy a decir que no. Yo digo que sí, y sé que Él viene conmigo en el camino. Lo haré lo mejor que pueda.

En la homilía, el Papa Francisco dijo que estáis "llamados a la tarea importante de servir el Evangelio de Jesús, de anunciarlo para que su consuelo, su alegría y su liberación lleguen a todos. ¿Cómo vive usted esto en su día a día? Esto es lo fundamental. A los niños, jóvenes y adultos que quieren conocer y recibir a Dios es lo que hay que decirle. Dios no es un refresco que cuando tengo sed lo abro, bebo y lo vuelvo a dejar. Dios está con nosotros cada día, 24/7, siempre. Y el Evangelio es así, tú lees un pasaje y a cada uno le dice una cosa diferente dependiendo de su situación personal, pero que está igual de vigente que hace 21 siglos. Esto es lo que hay que transmitir: Dios está siempre presente, nos acompaña, nos entiende, nos consuela y ayuda. Cuando tienes un problema y le preguntas, si eres capaz de aislarte y escuchar, Él te habla.

Haber recibido este ministerio, es algo totalmente nuevo. ¿Cómo acoge usted esta "novedad" en su vida?

De momento estoy a la expectativa. Sé lo que significa, sé que me va a implicar muchas cosas nuevas. Estoy esperando con muchas ganas ver dónde puedo ayudar y servir. Mi compromiso con la Iglesia antes ya era importante para mí, pues ahora muchísimo más.

En esta celebración del domingo pasado, vemos también un reconocimiento del papel de los laicos en la Iglesia. ¿Cómo vive usted esta realidad de laica comprometida con su labor en la Iglesia? Es verdad que reconocer la figura del laico dentro de la Iglesia con su labor me parece importante. Pero también es verdad que, aunque antes no se reconocieran esos ministerios como tales a ese nivel, los laicos tenemos una labor fundamental en la Iglesia y lo sabemos. La Iglesia no te excluye. Yo en la Iglesia me he sentido siempre muy escuchada y arropada. Es verdad que ahora muchísimo más. Estoy muy agradecida y feliz por ello.

¿Ha tenido ocasión de saludar al Santo Padre? Sí, fue maravilloso. Tuvimos un encuentro personal con él, fue muy breve. Pero yo quiero decir que el Papa con su mirada transmite una tranquilidad y una paz increíble. Me dijo "adelante" y aquí estoy yo, para seguir "adelante".

Francisco celebra el Domingo de la Palabra

El rostro de un Dios cercano que va al encuentro de los pobres y les libera

«Una Iglesia que se compromete a tender la mano para liberar a los más frágiles de las prisiones de la pobreza» mostrando el rostro del Dios cercano: es lo que el Papa Francisco propuso en la mañana de 23 de enero, presidiendo en la basílica Vaticana la misa con ocasión del tercer Domingo de la Palabra de Dios. Publicamos a continuación el texto de la homilía pronunciada por el Pontífice durante la celebración en la que por primera vez -con un rito preparado por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos- confirió a hombres y mujeres laicos procedentes de diferentes países del mundo los ministerios de lector y catequista.

En la primera Lectura y en el Evangelio encontramos dos gestos paralelos: el sacerdote Esdras tomó el libro de la ley de Dios, lo abrió y lo proclamó delante de todo el pueblo; Jesús, en la sinagoga de Nazaret, abrió el volumen de la Sagrada Escritura y leyó un pasaje del profeta Isaías delante de todos. Son dos escenas que nos comunican una realidad fundamental: en el centro de la vida del pueblo santo de Dios y del camino de la fe no estamos nosotros, con nuestras palabras; en el centro está Dios con su Palabra.

Todo comenzó con la Palabra que Dios nos dirigió. En Cristo, su Palabra eterna, el Padre «nos eligió antes de la creación del mundo» (Ef 1,4). Con su Palabra creó el universo: «Él lo dijo y así sucedió» (Sal 33,9). Desde la antigüedad nos habló por medio de los profetas (cf. Hb 1,1); por último, en la plenitud del tiempo, nos envió su misma Palabra, el Hijo unigénito (cf. Ga 4,4). Por esto, al finalizar la lectura de Isaías, Jesús en el Evangelio anuncia algo inaudito: «Esta lectura se ha cumplido hoy» (Lc 4,21). Se ha cumplido; la Palabra de Dios ya no es una promesa, sino que se ha realizado. En Jesús se hizo carne. Por obra del Espíritu Santo habitó entre nosotros y quiere



hacernos su morada, para colmar nuestras expectativas y sanar nuestras heridas.

Hermanas y hermanos, tengamos la mirada fija en Jesús, como la gente en la sinagoga de Nazaret (cf. v. 20), —lo miraban, era uno de ellos: ¿qué novedad? ¿qué hará éste, del que tanto se habla?— y acogamos su Palabra. Meditemos hoy dos aspectos de ella que están unidos entre sí: la Palabra revela a Dios y la Palabra nos lleva al hombre. Ella esta al centro, revela a Dios y nos lleva al hombre.

En primer lugar, la Palabra revela a Dios. Jesús, al comienzo de su misión, comentando ese pasaje específico del profeta Isaías, anuncia una opción concreta: ha venido para liberar a los pobres y oprimidos (cf. v. 18). De este modo, precisamente por medio de las Escrituras, nos revela el rostro de Dios como el de Aquel que se hace cargo de nuestra pobreza y le preocupa nuestro destino. No es un tirano que se encierra en el cielo, esa es una fea imagen de Dios, sino un Padre

que sigue nuestros pasos. No es un frío observador indiferente e imperturbable, un Dios “matemático”. Es el Dios con nosotros, que se apasiona con nuestra vida y se identifica hasta llorar nuestras mismas lágrimas. No es un dios neutral e indiferente, sino el Espíritu amante del hombre, que nos defiende, nos aconseja, toma partido a nuestro favor, se involucra y se compromete con nuestro dolor. Siempre está presente allí. Esta es «la buena noticia» (v. 18) que Jesús proclama ante la mirada sorprendida de todos: Dios es cercano y quiere cuidar de mí, de ti, de todos. Y este es el modo de tratar de Dios: la cercanía. Él se define a sí mismo de esta manera; dice al pueblo, en Deuteronomio: «¿Cuál es la gran nación que tenga dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, cuando lo invocamos?» (cf. Dt 4,7). Él es un Dios cercano, compasivo y tierno, quiere aliviarte de las cargas que te aplastan, quiere caldear el frío de tus inviernos, quiere iluminar tus días oscuros, quiere sostener tus pasos inciertos. Y lo hace con su Palabra, con la que te habla para volver a encender la esperanza en medio de las cenizas de tus miedos, para hacer que vuelvas a encontrar la alegría en los laberintos de tus tristezas, para llenar de esperanza la amargura de tus soledades. Él te hace caminar, no dentro de un laberinto, más bien por el camino, para encontrarlo cada día.

Hermanos, hermanas, preguntémos: ¿llevamos en el corazón esta imagen liberadora de Dios, del Dios cercano, compasivo y tierno o pensamos que sea un juez riguroso, un rígido aduanero de nuestra vida? ¿Nuestra fe genera esperanza y alegría o me pregunto si entre nosotros está todavía determinada por el miedo? ¿Qué rostro de Dios anunciamos en la Iglesia, el Salvador que libera y cura o el Dios Temible que aplasta bajo los sentimientos de culpa? Para convertirnos al Dios verdadero, Jesús nos indica de dónde debemos partir: de la Palabra. Ella, contándonos la historia del amor que Dios tiene por nosotros, nos libera de los miedos y de los conceptos erróneos sobre Él, que apagan la

alegría de la fe. La Palabra derriba los falsos ídolos, desenmascara nuestras proyecciones, destruye las representaciones demasiado humanas de Dios y nos muestra su rostro verdadero, su misericordia. La Palabra de Dios nutre y renueva la fe, ¡volvamos a ponerla

se cree que encontrar a Dios es hacerse más rígido, con más normas, las cosas justas, las cosas claras... no es así. Cuando nosotros veremos propuestas rígidas, inmediatamente pensemos: esto es un ídolo, no es Dios, nuestro Dios no es así. Hermanas y hermanos, la rigi-

Jesús nos indica de dónde debemos partir: de la Palabra. Ella, contándonos la historia del amor que Dios tiene por nosotros, nos libera de los miedos y de los conceptos erróneos sobre Él, que apagan la alegría de la fe. La Palabra derriba los falsos ídolos, desenmascara nuestras proyecciones, destruye las representaciones demasiado humanas de Dios y nos muestra su rostro verdadero, su misericordia

en el centro de la oración y de la vida espiritual! Al centro la Palabra que nos revela como es Dios y nos hace cercanos a Él. Y ahora, el segundo aspecto: la Palabra nos lleva al hombre. Justamente cuando descubrimos que Dios es amor compasivo, vencemos la tentación de encerrarnos en una religiosidad sacra, que se reduce a un culto exterior, que no toca ni transforma la vida. Esta es idolatría, escondida y refinada, pero idolatría al fin.

La Palabra nos impulsa a salir fuera de nosotros mismos para ponernos en camino al encuentro de los hermanos con la única fuerza humilde del amor liberador de Dios. En la sinagoga de Nazaret Jesús nos revela precisamente esto: Él es enviado para ir al encuentro de los pobres -que somos todos nosotros- y liberarlos.

No vino a entregar una serie de normas o a officiar alguna ceremonia religiosa, sino que descendió a las calles del mundo para encontrarse con la humanidad herida, para acariciar los rostros marcados por el sufrimiento, para sanar los corazones quebrantados, para liberarnos de las cadenas que nos aprisionan el alma. De este modo nos revela cuál es el culto que más agrada a Dios: hacernos cargo del prójimo. Volvamos sobre esto. En el momento en el que en la Iglesia están las tentaciones de la rigidez, que es una perversión, y

dez no nos cambia solo nos esconde, la Palabra de Dios nos cambia. Y lo hace penetrando en el alma como una espada (cf. Hb 4,12). Porque, si por una parte consuela, revelándonos el rostro de Dios, por otra parte provoca y sacude, mostrándonos nuestras contradicciones y poniéndonos en crisis. No nos deja tranquilos, si quien paga el precio de esta tranquilidad es un mundo desgarrado por la injusticia y el hambre, y quienes sufren las consecuencias son siempre los más débiles. Siempre pagan los más débiles. La Palabra pone en crisis esas justificaciones nuestras que siempre hacen depender aquello que no funciona del otro o de los otros. Cuánto dolor sentimos al ver morir en el mar a nuestros hermanos y hermanas porque no los dejan desembarcar. Y esto lo hacen algunos en nombre de Dios. La Palabra de Dios nos invita a salir al descubierto, a no escondernos detrás de la complejidad de los problemas, detrás del “no hay nada que hacer” o del “¿qué puedo hacer yo?” o del “es un problema de ellos o de él”. Nos exhorta a actuar, a unir el culto a Dios y el cuidado del hombre. Porque la Sagrada Escritura no nos ha sido dada para entretenernos, para mimarnos en una espiritualidad angélica, sino para salir al encuentro de los demás y acercarnos a sus heridas. Hablé de rigidez, de ese pelagianismo

moderno, que es una de las tentaciones de la Iglesia. Y buscar una espiritualidad angélica, es la otra tentación de hoy: los movimientos espirituales gnósticos, el gnosticismo, que te ofrece una Palabra de Dios que te pone “en órbita” y no te deja tocar la realidad. La Palabra que se ha hecho carne (cf. Jn 1,14) quiere encarnarse en nosotros. No nos aleja de la vida, sino que nos introduce en la vida, en las situaciones de todos los días, en la escucha de los sufrimientos de los hermanos, del grito de los pobres, de la violencia y las injusticias que hieren la sociedad y el planeta, para no ser cristianos indiferentes sino laboriosos, cristianos creativos, cristianos proféticos.

«Esta lectura que acaban de oír -dice Jesús- se ha cumplido hoy» (Lc 4,21). La Palabra quiere encarnarse hoy, en el tiempo que vivimos, no en un futuro ideal. Una mística francesa del siglo pasado, que eligió vivir el Evangelio en las periferias, escribió que la Palabra del Señor no es «letra muerta», sino espíritu y vida. [...] Las condiciones de la escucha que reclama de nosotros la Palabra del Señor son las de nuestro “hoy”: las circunstancias de nuestra vida cotidiana y las necesidades de nuestro prójimo» (M. Delbrêl, La alegría de creer, *Sal Terrae*, Santander 1997, 242-243). Entonces, preguntémos: ¿queremos imitar a Jesús, ser ministros de liberación y de consuelo para los demás poniendo en práctica la Palabra? ¿Somos una Iglesia dócil a la Palabra; una Iglesia con capacidad de escuchar a los demás, que se compromete a tender la mano para aliviar a los hermanos y las hermanas de aquello que los oprime, para desatar los nudos de los temores, liberar a los más frágiles de las prisiones de la pobreza, del cansancio interior y de la tristeza que apaga la vida? ¿Queremos esto?

En esta celebración, algunos de nuestros hermanos y hermanas son instituidos lectores y catequistas.

Están llamados a la tarea importante de servir el Evangelio de Jesús, de anunciarlo para que su consuelo, su alegría y su liberación lleguen a todos.

Esta es también la misión de cada uno de nosotros: ser anunciadores creíbles, ser profetas de la Palabra en el mundo. Por eso, apasionémosnos por la Sagrada Escritura.

Dejémosnos escutar interiormente por la Palabra de Dios, que revela la novedad de Dios y nos lleva a amar a los demás sin cansarse. ¡Volvamos a poner la Palabra de Dios en el centro de la pastoral y de la vida de la Iglesia! Así nos liberaremos de todo pelagianismo rígido, de toda rigidez, y nos libraremos también de la ilusión de una espiritualidad que nos pone “en órbita” sin cuidar de nuestros hermanos y hermanas. Volvamos a poner la Palabra de Dios en el centro de la pastoral y de la vida de la Iglesia. Escuchémosla, receemos con ella, pongámosla en práctica.



La homilía por los funerales

La solución y el amor

Dos días después del asesinato del padre Grande, de Solórzano y de Lemus, el entonces arzobispo de San Salvador, san Oscar Romero, que más tarde sería asesinado, celebró en la catedral los funerales en presencia de 150 sacerdotes y frente a cerca de cien mil personas procedentes de todo el estado. Publicamos, a continuación algunos pasajes de la homilía de monseñor Romero.

Excelentísimo representante de su Santidad, el Papa, queridos hermanos obispos, sacerdotes y fieles.

Pocas veces, como en esta mañana, me parece la Catedral el signo de la Iglesia universal. Es aquí la convergencia de toda la rica pastoral de una Iglesia particular que engarza con la pastoral de todas las diócesis y de todo el mundo, y sentimos entonces que la presencia no sólo de los vivos, sino de estos tres muertos, le dan a esta figura de la Iglesia su perspectiva abierta al Absoluto, al Infinito, al más allá: Iglesia universal, Iglesia más allá de la historia, Iglesia más allá de la vida humana.

Si fuera un funeral sencillo hablaría aquí —queridos hermanos— de unas relaciones humanas y personales con el Padre Rutilio Grande, a quien siento como un hermano. En momentos muy culminantes de mi vida él estuvo muy cerca de mí y esos gestos jamás se olvidan; pero el momento no es para pensar en lo personal, sino para recoger de ese cadáver un mensaje para todos nosotros que seguimos peregrinando.

El mensaje quiero tomarlo de las palabras mismas del Papa, presente aquí en su representante, el señor nuncio, a quien agradezco porque le da a nuestra figura de Iglesia ese sentido de unidad que ahora lo estoy sintiendo en la Arquidiócesis, en estas horas trágicas; ese sentido de unidad, como un florecimiento rápido de estos sacrificios que la Iglesia está ofreciendo.

El mensaje de Paulo VI, cuando nos habla de la evangelización, nos da la pauta para comprender a Rutilio Grande. “¿Qué aporta la Iglesia a esta lucha uni-

versal por la liberación de tanta miseria?”. Y el Papa recuerda que en el Sínodo de 1974 las voces de los obispos de todo el mundo, representadas principalmente en aquellos obispos del tercer mundo, clamaban: “La angustia de estos pueblos con hambre, en miseria, marginados”. Y la Iglesia no puede estar ausente en esa lucha de liberación; pero su presencia en esa lucha por levantar, por dignificar al hombre, tiene que ser un mensaje, una presencia muy original, una presencia que el mundo no podrá comprender, pero que lleva el germen, la potencia de la victoria, del éxito. El Papa dice: “La Iglesia ofrece esta lucha liberadora del mundo, hombres liberadores, pero a los cuales les da una inspiración de fe, una doctrina social que está a la base de su prudencia y de su existencia para traducirse en compromisos concretos y sobre todo una motivación de amor, de amor fraternal”.

Esta es la liberación de la Iglesia. Por eso dice el Papa: “No puede confundirse con otros movimientos liberadores sin horizontes ultraterrenos, sin horizontes espirituales”. Ante todo, una inspiración de fe, y esto es el Padre Rutilio Grande: un sacerdote, un cristiano que en su bautismo y en su ordenación sacerdotal ha hecho una profesión de fe: “Creo en Dios Padre revelado por Cristo su Hijo, que nos ama y que nos invita al amor. Creo en una Iglesia que es signo de esa presencia del amor de Dios en el mundo, donde los hombres se dan la mano y se encuentran como hermanos. Una iluminación de fe que hace distinguir cualquier liberación de tipo político, económico, terrenal que no pasa más allá de ideologías, de intereses y de cosas que se quedan en la tierra”.

Jamás, hermanos, a ninguno de los aquí presentes se le vaya a ocurrir que esta concentración en torno del Padre Grande tiene un sabor político, un sabor sociológico o económico; de ninguna manera, es una reunión de fe. Una fe que a través de su ca-

dáver muerto en la esperanza, se abre a horizontes eternos.

La liberación que el Padre Grande predicaba, es inspirada por la fe, una fe que nos habla de una vida eterna, una fe que ahora él con su rostro levantado al cielo, acompañado de dos campesinos, la ofrece en su totalidad, en su perfección: la liberación que termina en la felicidad en Dios; la liberación que arranca del arrepentimiento del pecado, la liberación que apoya en Cristo, la única fuerza salvadora; esta, es la liberación que Rutilio Grande ha predicado, y por eso ha vivido el mensaje de la Iglesia. Nos da hombres liberadores con una inspiración de fe, y junto a esa inspiración de fe. En segundo lugar, hombres que ponen a la base de su prudencia y de su existencia, una doctrina: La doctrina social de la Iglesia; la doctrina social de la Iglesia que les dice a los hombres que la religión cristiana no es un sentimiento solamente horizontal, espiritualista, olvidándose de la miseria que lo rodea. Es un mirar a Dios, y desde Dios mirar al prójimo como hermano y sentir que “todo lo que hicieris a uno de éstos a mí lo hicieris”. Una doctrina social que ojalá la conocieran los movimientos sensibilizados en cuestión social. No se expondrían a fracasos, o miopismo, a una miopía que no hace ver más que las cosas temporales, estructuras del tiempo. Y mientras no se viva una conversión en el corazón, una doctrina que se ilumina por la fe para organizar la vida según el corazón de Dios, todo será endeble, revolucionario, pasajero, violento. Ninguna de esas cosas son cristianas, sino lo que se anima es la verdadera doctrina que la Iglesia propone a los hombres. ¡Qué iluminado estaría el mundo si todos pusieran a la base de su acción social, a la base de su existencia, de sus compromisos concretos, en sus mismas atracciones políticas, en sus mismos quehaceres comerciales, la doctrina social de la Iglesia! Era eso lo que predicó el Padre Rutilio Grande; y porque muchas veces es incomprendida hasta el asesinato, por eso murió el Padre Rutilio Grande. Una doctrina social de la Iglesia que se le confundió con una doctrina política que estorba al mundo: Una doctrina social de la Iglesia, que se le quiere calumniar, como subversión, como otras cosas que están muy lejos de la prudencia que la doctrina de la Iglesia pone a la base de la existencia.

Queridos hermanos sacerdotes, este mensaje del Padre Rutilio Grande es sumamente grande para nosotros. Recojámoslo y a la luz de esa doctrina y de esa fe, trabajemos unidos. No nos desunamos con ideologías avanzadamente peligrosas, con ideologías inspiradas no en la fe en el Evangelio. Demos a nuestra doctrina, a nuestra actuación de buenos samaritanos, de predicadores del mandamiento de Cristo, esta iluminación que la Iglesia, depositaria de la fe, como dijeron ayer en su mensaje los obispos de El Salvador, está tratando de actualizar en estos momentos misteriosos, convulsivos, de nuestra república. Yo me alegro, queridos sacerdotes, que entre los frutos de esta muerte que lloramos y de otras circunstancias difíciles de momento, el clero se apiña con su obispo y los fieles comprenden



que hay una iluminación de fe que nos va conduciendo por caminos muy distintos de otras ideologías, que no son de la Iglesia, para sembrar lo tercero que la Iglesia ofrece: Una motivación de amor.

Una motivación de amor. Hermanos, aquí no debe palpitar ningún sentimiento de venganza.

Aquí no grita un revanchismo, como dijeron ayer los obispos. Son los intereses de Dios, que nos manda amarlos sobre todas las cosas y nos manda amarlos a los otros como a nosotros mismos. Y si es cierto que hemos pedido a las autoridades que dilucidan este crimen; que ellos tienen en sus manos los instrumentos de la justicia en el país y tienen que aclararlo.

No estamos acusando a nadie. No estamos emitiendo juicios adelantados. Esperamos la voz de una justicia imparcial porque en la motivación del amor no puede estar ausente la justicia. No puede haber verdadera paz y verdadero amor sobre bases de injusticia, de violencias, de intrigas.

El amor verdadero es el que trae a Rutilio Grande en su muerte, con dos campesinos de la mano. Así ama la Iglesia; muere con ellos y con ellos se presenta a la trascendencia del cielo. Los ama, y es significativo que mientras el Padre Grande caminaba para su pueblo, a llevar el mensaje de la misa y de la salvación, allí fue donde cayó acribillado.

Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo para identificarse con ellos, para vivir con ellos, no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor y precisamente porque es amor lo que nos inspira, hermanos. ¿Quién sabe si las manos criminales que cayeron ya en la excomunión están escuchando en un radio allá en su escondrijo, en su conciencia, esta palabra? Queremos decirles, hermanos criminales, que los amamos y que le pedimos a Dios el arrepentimiento para sus corazones, porque la Iglesia no es capaz de odiar, no tiene enemi-

gos. Solamente son enemigos, los que se le quieren declarar; pero ella los ama y muere como Cristo: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”.

El amor del Señor inspira la acción de Rutilio Grande. Queridos sacerdotes, recojamos esta herencia precisa. Quienes lo escuchamos, quienes compartimos los ideales del Padre Rutilio, sabemos que es incapaz de predicar el odio, que es incapaz de azuzar la violencia.

El Padre Rutilio, quizá por eso Dios lo escogió para este martirio, porque los que le conocimos, los que lo conocieron, saben que jamás de sus labios salió un llamado a la violencia, al odio, a la venganza. Murió amando, y sin duda que cuando sintió primeros impactos que le traían la muerte, pudo decir como Cristo también: “Perdónalos, Padre, no saben, no han comprendido mi mensaje de amor”.

Queridos hermanos, en nombre de la Arquidiócesis, quiero agradecer a estos colaboradores de la liberación cristiana, al Padre Grande y a sus dos compañeros de peregrinación a la eternidad, que estén dando a esta reunión de Iglesia, con todo nuestro querido presbiterio y sacerdotes de otras diócesis, en unión con el Santo Padre, presente aquí en su señor nuncio, nos están dando la dimensión verdadera de nuestra misión. No lo olvidemos. Somos una Iglesia peregrina, expuesta a la incompreensión, a la persecución; pero una Iglesia que camina serena porque lleva esa fuerza del amor.

Hermanos, salvadoreños, cuando en estas encrucijadas de la Patria, parece que no hay solución y se quisieran buscar medios de violencias, yo les digo, hermanos: Bendito sea Dios que en la muerte del Padre Grande la Iglesia está diciendo: Si hay solución, la solución es el amor, la solución es la fe, la solución es sentir la Iglesia no como enemiga, la Iglesia como el círculo donde Dios se quiere encontrar con los hombres.

Comprendamos esta Iglesia, inspirémosnos en este amor, viva-

mos esta fe y les aseguro que hay solución para nuestros grandes problemas sociales.

Esto quiero agradecer también como arzobispo a todos los que trabajan en esta línea de la Iglesia, iluminadores de fe, animadores de amor, prudentes con la doctrina social de la Iglesia.

Gracias, queridos hermanos, todos los que nos acompañan en esta hora de dolor.

El Papa anima a los habitantes de la isla golpeada por la erupción volcánica

Cercanía y solidaridad con los habitantes de La Palma

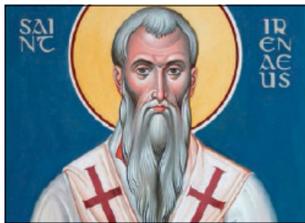
«Queridas hermanas y hermanos de la isla de La Palma. Estuve muy cercano a ustedes y lo sigo estando ahora, en el momento de la erupción del volcán». Así el Papa Francisco se dirige a la población de la isla de las Canarias investida —entre septiembre y diciembre del año pasado— por la lava y los gases tóxicos liberados por la erupción de Cumbre Vieja. Palabras de aliento grabadas con el teléfono móvil del obispo de Tenerife, uno de los preladados de la Conferencia episcopal española en visita «ad limina Apostolorum» que participó en la audiencia con el Pontífice el viernes por la mañana, 21 de enero. Lo comunicó la Conferencia episcopal española publicándolo el vídeo en su página web.

«Esas cenizas por todos lados. Debe ser muy duro ver que tu casa, tu campito, se va cubriendo de cenizas y vos tienes que escapar para salvar tu vida». Después les anima diciendo: «Les acompañe en todo eso y los sigo acompañando. Y los acompaño en la reconstrucción». La situación es dura, pero no se debe bajar la guardia: «Una reconstrucción —añade— significa siempre dar un paso más adelante. Significa decirle que la derrota no tiene la última palabra. Significa no cansarse de mirar el horizonte». De aquí la solidaridad de Francisco: «Estoy cerca de ustedes, rezo por ustedes. Les deseo todo bien y por favor les pido que recen por mí».

Decreto del Papa Francisco

San Ireneo de Lyon Doctor de la Iglesia

San Ireneo de Lyon, llegado de Oriente, ejerció su ministerio episcopal en Occidente: él fue un puente espiritual y teológico entre cristianos orientales y occidentales. Su nombre, Ireneo, expresa esa paz que viene del Señor y que reconcilia, reintegrando en la unidad. Por estos motivos, después de haber tenido el parecer de la Congregación de las Causas de los Santos, con mi Autoridad Apostólica



Yo DECLARO

DOCTOR DE LA IGLESIA

con el título di *con el título de Doctor uniatís.*

La doctrina de tan grande Maestro pueda animar cada vez más el camino de todos los discípulos del Señor hacia la plena comunión.

Dal Vaticano, 21 de enero de 2022

FRANCISCO

A causa de la continuación de la emergencia covid Para la Cuaresma ejercicios espirituales personales

Dada la persistencia de la emergencia epidemiológica de Covid-19, tampoco será posible este año vivir de forma comunitaria los ejercicios espirituales de la Curia romana en la Casa *Divin Maestro* en Ariccia. A través de un comunicado de la Sala de prensa de la Santa Sede, informan de que el Papa ha invitado a los cardenales residentes en Roma, los jefes de dicasterios y superiores de la Curia romana a realizarlos personalmente, retirándose en oración, desde la tarde del domingo 6 al viernes 11 de marzo. En esa semana se suspenderán todos los compromisos del Pontífice, incluida la audiencia general del miércoles 9.

La catequesis dedicada al esposo de María

Ser padres y madres con la valentía de José

Prosiguiendo el ciclo de catequesis dedicadas a San José, en la audiencia general de la mañana del miércoles 26 de enero, el Papa Francisco se detuvo en la figura de «hombre que sueña». Publicamos el texto de la reflexión ofrecida por el Pontífice a los fieles presentes en el Aula Pablo VI y a los que le seguían a través de los medios de comunicación.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera detenerme en la figura de san José como hombre que sueña. En la Biblia, como en las culturas de los pueblos antiguos, los sueños eran considerados un medio a través del cual Dios se revelaba [1]. El sueño simboliza la vida espiritual de cada uno de nosotros, ese espacio interior, que cada uno está llamado a cultivar y custodiar, donde Dios se manifiesta y a menudo nos habla. Pero también debemos decir que dentro de cada uno de nosotros no está solo la voz de Dios: hay muchas otras voces. Por ejemplo, las voces de nuestros miedos, las voces de las experiencias pasadas, las voces de las esperanzas; y está también la voz del maligno que quiere engañarnos y confundirnos. Por tanto, es importante lograr reconocer la voz de Dios en medio de las otras voces. José demuestra que sabe cultivar el silencio necesario y, sobre todo, tomar las decisiones justas delante de la Palabra que el Señor le dirigió interiormente. Nos hará bien hoy retomar los cuatro sueños narrados en el Evangelio y que le tienen a él como protagonista, para entender cómo situarnos ante la revelación de Dios. El Evangelio nos cuenta cuatro sueños de José. En el primer sueño (cf. Mt 1,18-25), el ángel ayuda a José a resolver el drama que le asalta cuando se entera del embarazo de María: «No temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (vv. 20-21). Y su respuesta fue inmediata: «Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado» (v. 24). Muchas veces la vida nos pone delante de situaciones que no comprendemos y parece que no tienen solución. Rezar, en esos momentos, significa dejar que el Señor nos indique cuál es la cosa justa para hacer. De hecho, muy a menudo es la oración la que hace nacer en nosotros la intuición de la salida, cómo resolver esa situación. Queridos hermanos y hermanas, el Señor nunca permite un problema sin darnos también la ayuda necesaria para afrontarlo. No nos tira ahí en el horno solos. No nos tira entre las bestias. No. El Señor cuando nos hace ver un problema o desvela un problema, nos da siempre la intuición, la ayuda, su presencia, para salir, para resolverlo.

Y el segundo sueño revelador de José llega cuando la vida del niño Jesús está en peligro. El mensaje está claro: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle» (Mt 2,13).



José, sin dudarlo, obedece: «Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes» (vv. 14-15). En la vida todos nosotros experimentamos peligros que amenazan nuestra existencia o la de los que amamos. En estas situaciones, rezar quiere decir escuchar la voz que puede hacer nacer en nosotros la misma valentía de José, para afrontar las dificultades sin sucumbir. En Egipto, José espera la señal de Dios para poder volver a casa; y es precisamente este el contenido del tercer sueño. El ángel le revela que han muerto los que querían matar al niño y le ordena que salga con María y Jesús y regrese a la patria (cf. Mt 2,19-20). José «se levantó, tomó consigo al niño y a su madre, y entró en tierra de Israel» (v. 21). Pero precisamente durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí» (v. 22). Y ahí está la cuarta revelación: «y avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret» (vv. 22-23). También el

miedo forma parte de la vida y también este necesita de nuestra oración. Dios no nos promete que nunca tendremos miedo, sino que, con su ayuda, este no será el criterio de nuestras decisiones. José siente el miedo, pero Dios lo guía a través de él. El poder de la oración hace entrar la luz en las situaciones de oscuridad. Pienso en este momento en muchas personas que están aplastadas por el peso de la vida y ya no logran ni esperar ni rezar. Que san José pueda ayudarles a abrirse al diálogo con Dios, para reencontrar luz, fuerza y paz. Y pienso también en los padres ante los problemas de los hijos. Hijos con tantas enfermedades, los hijos enfermos, también con enfermedades permanentes: cuánto dolor ahí. Padres que ven orientaciones sexuales diferentes en los hijos; cómo gestionar esto y acompañar a los hijos y no esconderse en una actitud condenatoria. Padres que ven a los hijos que se van, mueren, por una enfermedad y también —es más triste, lo leemos todos los días en los periódicos— jóvenes que hacen chiquilladas y terminan

en accidente con el coche. Los padres que ven a los hijos que no van adelante en la escuela y no saben qué hacer... Muchos problemas de los padres. Pensemos cómo ayudarles. Y a estos padres les digo: no os asustéis. Sí, hay dolor. Mucho. Pero pensad cómo resolvió los problemas José y pedid a José que os ayude. Nunca condenar a un hijo. A mí me da mucha ternura —me daba en Buenos Aires— cuando iba en el autobús y pasaba delante de la cárcel: estaba la fila de personas que tenían que entrar para visitar a los presos. Y había madres ahí que me daban mucha ternura: delante del problema de un hijo que se ha equivocado, está preso, no le dejaban solo, daban la cara y lo acompañaban. Esta valentía; valentía de papá y mamá que acompañan a los hijos siempre, siempre. Pidamos al Señor que dé a todos los padres y a todas las madres esta valentía que dio a José. Y después rezar para que el Señor nos ayude en estos momentos.

Pero la oración nunca es un gesto abstracto o intimista, como quieren hacer estos movi-

mientos espiritualistas más gnósticos que cristianos. No, no es eso. La oración siempre está indisolublemente unida a la caridad. Solo cuando unimos a la oración el amor, el amor por los hijos por el caso que he dicho ahora o el amor por el prójimo, logramos comprender los mensajes del Señor. José rezaba, trabajaba y amaba —tres cosas bonitas para los padres: rezar, trabajar y amar— y por esto recibió siempre lo necesario para afrontar las pruebas de la vida. Recomendémosnos a él y a su intercesión.

San José, tú eres el hombre que sueña, enseñanos a recuperar la vida espiritual como el lugar interior en el que Dios se manifiesta y nos salva.

Quita de nosotros el pensamiento de que rezar es inútil; ayuda a cada uno de nosotros a corresponder a lo que el Señor nos indica.

Que nuestros razonamientos estén irradiados por la luz del Espíritu, nuestro corazón alentado por Su fuerza y nuestros miedos salvados por Su misericordia. Amén.

[1] Cfr Gen 20,3; 28,12; 31,11,24; 40,8; 41,1-32; Nm 12,6; 1 Sam 3,3-10; Dn 2; 4; Jb 33,15.

La invitación del Papa Francisco «a rezar por la paz en Ucrania, y a hacerlo muchas veces a lo largo de este día» fue reiterada en el Aula Pablo VI al finalizar la audiencia general. Como lo anunció en el Ángel del domingo 23, el Pontífice ha querido dedicar el día 26 a la oración por el país europeo recitando por tal intención el Padre Nuestro. Y estando en la vigilia de la Jornada internacional de la memoria de las víctimas del holocausto, también lanzó un llamamiento para no olvidar «el horror de esta página negra de la historia». Finalmente, impartió la bendición final.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española.

Por intercesión de san José, maestro de vida interior, pidamos al Señor que nos conceda un corazón orante y misionero, abierto al diálogo con Él y disponible para ayudar a los hermanos y hermanas que más lo necesitan. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Mañana se celebra el Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto. Es necesario recordar el exterminio de millones de judíos y personas de diferentes nacionalidades y creencias religiosas. ¡Esta indescriptible crueldad no debe repetirse más! Hago un llamamiento a todos, especialmente a los educadores y a las familias, para que favorezcan en las nuevas generaciones la conciencia del horror de esta página negra de la historia. No hay que olvidarla, para que se pueda construir un futuro donde la dignidad humana ya no sea pisoteada.

Y ahora, con el Padrenuestro, los invito a rezar por la paz en Ucrania, y a hacerlo muchas veces a lo largo de este día. Pidamos con insistencia al Señor que esa tierra pueda ver florecer la fraternidad y superar las heridas, los miedos y las divisiones. Hemos hablado del holocausto. Pero piensen que [también en Ucrania] fueron exterminadas millones de personas [entre 1932 - 1933]. Es un pueblo que sufre; ha pasado hambre, ha sufrido muchas crueldades y se merece la paz. Que las oraciones e invocaciones que hoy se elevan al cielo toquen las mentes y los corazones de los responsables en la tierra, para que hagan prevalecer el diálogo y antepongan el bien de todos a los intereses particulares. Recemos por la paz con el Padrenuestro, que es la oración de los hijos que se dirigen al mismo Padre, la oración que nos hace hermanos, la oración de los hermanos que piden reconciliación y concordia. Pero por favor, nunca la guerra.

El abrazo entre el Papa y Edith Bruck

En el Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto, el Papa Francisco se encontró de nuevo con la escritora húngara Edith Bruck, superviviente de Auschwitz. En la Casa Santa Marta y durante más de una hora de conversación, compartieron anécdotas, recuerdos e intercambio de regalos. El tema central del encuentro fue la Memoria y la importancia de transmitirla a esta nueva generación de jóvenes.

«Ambos subrayaron el valor inestimable de transmitir a las nuevas generaciones la memoria del pasado, incluso en sus aspectos más dolorosos, para no volver a caer en las mismas tragedias», informó la Oficina de Prensa de la Santa Sede. «Los hombres no han aprendido de sus fechorías. No aprendieron de Auschwitz, como de Vietnam», dijo Bruck en una entrevista concedida a *Vatican News*.

Edith regaló al Papa un pan trenzado, horneado en casa. Se trata de ese «Pan Perdido» —título de su famosa novela— que su madre horneó justo antes de que se la llevaran los nazis. Ahora fue presentado al Pontífice como «el pan reencontrado». Francisco



por su parte le regaló una medalla hecha para él en Jerusalén y un chal.

Bruck también entregó al Papa dos libros: «Cartas a mi madre» y un libro de poemas de Miklós Radnóti, el poeta húngaro «cuya brillante carrera —como dijo el Papa en Budapest— se vio interrumpida por el odio ciego de quienes, solo por ser de origen judío, primero le impidieron enseñar y luego le apartaron de su familia». Los poemas fueron traducidos y editados por la propia Edith.

La escritora de fama internacional, de 90 años, es húngara nacionalizada italiana y sobrevivió a los horrores de seis campos de concentración. El primer encuentro entre ambos fue hace casi un año, el 20 de febrero de 2021, cuando el Papa fue a visitarla a su casa. «He venido aquí para agradecer su testimonio y para rendir homenaje al pueblo mártir por la locura del populismo nazi y con sinceridad repito las palabras que pronuncié de corazón en Yad Vashem y que repito ante cada persona que como ustedes ha sufrido tanto por ello: perdón Señor en nombre de la humanidad», dijo el Papa Francisco en aquella ocasión.